

Es una de las paradojas de nuestra época el que habiéndose comprobado que una de las causas del malestar mundial es el acortamiento de las distancias que convierte al mundo en un patio de vecinos irritados por un contacto demasiado próximo, la preocupación de los estadistas estribe, primordialmente, en estrechar aún esa convivencia, dándole carta de naturaleza en el marco de agrupaciones regionales, pactos y bloques. Pero esta organización de la vida en común corre el riesgo de asentarse sobre bases artificiales y movedizas de no darse previamente en los países a agrupar determinadas condiciones de armonía y coordinación, o de no provocar tales condiciones mediante la inclusión de algún elemento que, operando a modo de base, logre fijar los elementos inestables del conjunto.

Dentro de este plan de organización mundial, consideramos que ha de ser insertada la creación en 1945 de la Liga Árabe, aunque en la mente de sus componentes no se persiguiera entonces otra finalidad que afirmar la unidad árabe, y no tuviera Gran Bretaña otra ambición, al influir en su puesta en marcha, que fraguar un instrumento adecuado a los apetitos de independencia de las jóvenes naciones árabes, pero sin desviarse de su ya tradicional política en el Próximo y Medio Oriente, basada en tratados unilaterales, articulados entre sí en función de un enfoque unitario de ese damero de países siempre rivales, inquietos y duchos en el arte de la intriga. Esa afirmación de la unidad árabe no era de naturaleza a resolver los problemas que posteriormente se le plantearon a la Liga, como se echa de ver en las deficiencias de su Estatuto constitutivo, denunciadas reiteradamente por el Irak y corroboradas por el Acuerdo de agosto de 1949 de los Ministros de Asuntos Exteriores del Irak, Siria y Líbano, en que se señala el propósito de los dos últimos países de apoyar la propuesta irakiana de reforma de la Liga. Dicho en otros términos, la Liga Árabe se vió constreñida por circunstancias difíciles de prever, a desempeñar un papel para el que no había sido estructurada. En cuanto al balance de los beneficios logrados por Gran Bretaña en esta operación, han venido siendo deficitarios, pese a los tratados de alianza militar firmados con Egipto y con Irak, además de Jordania, pues su obje-

tivo ulterior, sea la cooperación militar entre todos los Estados árabes, se ha limitado a la firma, en 30 de enero del año en curso, de un Acuerdo entre Egipto y el Irak. Por otra parte, la discordia anglo-egipcia respecto al Sudán y la resistencia del Parlamento irakiano a ratificar el tratado firmado por su Gobierno con Inglaterra en enero de 1948, muestran a las claras la debilidad del dispositivo de seguridad amañado en esos territorios por los anglosajones (1). En tanto, al tiempo que Israel conserva el recuerdo de sus manejos para entorpecer su creación y consolidación como Estado, y que no borra el reconocimiento *de jure* de finales del pasado abril, los árabes achacan a Inglaterra los fracasos de sus ejércitos y la hacen responsable de que sus reclamaciones ante la O. N. U. no hayan alcanzado resultados prácticos.

No obstante, en esta unanimidad de irritación árabe, existe una excepción que merece ser destacada: la de Jordania. Ella sola mantiene con Gran Bretaña relaciones en armonía con los términos y el espíritu del tratado de alianza de 1948. En consecuencia, cuando en el pasado mes de abril el rey Abdul-lah, secretamente sostenido y asesorado por los ingleses, anunció la incorporación (entonces provisional) de la Palestina árabe a su reino, Inglaterra reconoció el hecho sin dificultad alguna e incluso se apresuró a prever la extensión de los efectos del citado tratado al territorio anexionado. En semejante ocasión, el senador wafdistá, Mamud Abu-Al-Fath, escribía en *Al-Misri*: «El rey Abdul-lah ha traicionado a Egipto, a su rey y a los Estados árabes.» En tanto que *Al-Balag*, diario wafdistá, no vacilaba en calificar la anexión de «agresión de un Estado árabe contra los demás», y expresaba su ira hacia Gran Bretaña en estos términos: «Abdullah está ahora al lado de los enemigos de los árabes, sean éstos británicos o judíos.» Por lo demás, la reciente disposición de la Liga prohibiendo el acceso al Comité Militar permanente a todo persona no árabe, revela claramente el deseo de mantener al margen de sus deliberaciones a los oficiales ingleses del ejército jordano. La indignación del partido vencedor en las últimas elecciones egipcias, que en esta circunstancia olvidó sus diferencias con el poder real para colocarse al lado del rey Faruk con gesto de solidaridad nacional, da la tónica del estado de espíritu de los demás componentes de la Liga Árabe con relación a Inglaterra y a un país árabe, lo que resulta muy sensible en orden al panarabismo de que la Liga fué la expresión. Lo cual no significa la unión de sus seis restantes miembros contra uno sólo, Jordania, o mejor dicho, el rey Abdullah, porque, pese a la Constitución de este país, y a sus recientes elecciones de tipo democrático, creemos que rara vez el famoso dicho absolutista «El Estado soy

(1) Con motivo de la declaración de 25 de mayo de 1950 de las tres Potencias occidentales sobre el Oriente Medio, se dijo en el Parlamento del Irak que Gran Bretaña, en calidad de aliada, debía haber consultado con Bagdad antes de asociarse a tal declaración, y se propuso denunciar el Tratado de alianza anglo-irakiano.

yo», pueda ser aplicado con más propiedad que este caso (2). En efecto, aparte de la rivalidad entre Egipto y Jordania, existe el propósito del Irak de neutralizar la influencia egipcia ejercida a través de la Liga en los países árabes, que ha motivado la enérgica intervención del Primer Ministro irakiano, apoyado por su colega sirio, para impedir la adopción de medidas radicales contra Jordania durante la reunión del Comité Político de la Liga celebrada en 14 de mayo corriente, ofensiva contra el rey Abdullah en que Egipto llevaba la voz cantante. De ahí también las intrigas de hace unos meses del Irak para desplazar al Secretario general de la Liga, Azzam Paichá, y sustituirlo preferentemente por Tewfik Sueidi, jefe del partido liberal y actual Jefe del Gobierno de Bagdad. Más recientemente, se ha llevado a cabo en el Irak una campaña contra los hebreos establecidos en el territorio, a la par que se mantiene el bloqueo del oleoducto que desemboca en Haiffa. A la adopción de tales medidas no esta ajeno, sin duda, el desco de Bagdad de disipar los recelos que ha suscitado en los restantes países árabes su casi total inhibición de la guerra de Palestina, que tan amargos reproches le valió por parte de Siria. El hecho consumado de la anexión de la Palestina árabe realizado por el rey de Jordania, tío del regente del Irak, no parece ser de naturaleza a tranquilizar a Siria respecto a las tendencias expansionistas de los hachemitas. Siria sigue temiendo un «anchluss», cuya eventualidad ha cobrado nuevo vigor después del asesinato de Husni Zain, que pretendió capear el temido temporal acercándose a Egipto. Estos motivos de desconfianza con relación al Irak no afectan solamente a Siria. El Líbano, a su vez, se muestra muy prudente y no se apresura a concluir con Bagdad un proyectado acuerdo relativo a los oleoductos. Unidos en el propósito de resistir a las intrigas de los hachemitas, Siria y Líbano, no obstante, están desunidos entre sí, al extremo de haberse roto recientemente las relaciones económicas entre ambos países a consecuencia de haber instado Damasco a Beirut para establecer una unión económica. El Líbano ha creído ver en este proyecto un caballo de Troya capaz de conducirlo, atado de pies y manos, a la unión política de que abomina el particularismo libanés. Por otra parte, la sola idea de la Gran Siria ha sido rechazada durante la reunión de la Liga Arabe de abril de 1950, así como la eventualidad de cualquier acuerdo internacional que vaya en contra del Pacto, lo que aniquila el proyecto sirio de llamar a la U. R. S. S. en auxilio de los pueblos árabes para desembarazarse de los hebreos. Por contraste, las relaciones entre Siria y la Arabia seudita son francamente cordiales. Cierito es que tanto este país como el Yemen se mantienen un poco al margen de las agitaciones y suspicacias mutuas que caracterizan el clima reinan-

(2) Según «Radio Beirut», sólo el 35 por 100 de los electores han votado. «Radio Cairo» reduce el porcentaje al 20 por 100, frente a la radio jornada, según la cual, habían emitido su voto el 75 por 100 de la población electoral.

te entre los miembros de la Liga Árabe. Pese a los cuantiosos ingresos de las explotaciones petrolíferas, la situación financiera del rey Ibn Seud es en extremo delicada y confusa, hasta el punto de exigir la intervención de peritos norteamericanos. En cuanto al Yemen, dentro de su organización medieval y próximo aun el recuerdo del asesinato del Iman Yahya, está dominado por preocupaciones de orden dinástico que absorben la atención del Iman Ahmed y dividen a la familia reinante en bandos que no excluyen la prisión de los procedimientos de que usan para lograr su empeño. La firma en 17 de junio del año en curso del Pacto de Seguridad Colectiva por cinco de los siete Estados que constituyen la Liga Árabe, pone de manifiesto la desunión y el recelo que imperan en la misma. La declaración de Londres no ha parecido suficiente garantía para alicortar las iniciativas unilaterales y asegurar un *statu quo* amenazado principalmente por el reino hachemita, que se abstuvo con el Irak, de tomar parte en un Pacto considerado como un tanto a favor de Egipto, que, de tiempo, venía persiguiendo el logro de esa fórmula en la que se ha de ver, ante todo, una cuestión de orden interno de la Liga. En resumen, el panarabismo simbolizado y afirmado por la Liga Árabe, se ha convertido en una especie de decorado del escenario donde se sigue representando la tragedia de las viejas intrigas de un Oriente en que cada país vive introvertido y preocupado de herir solapadamente a sus vecinos.

No nos engañen a este respecto las Constituciones e instituciones de tipo democrático de que hacen gala tales países, que lógicamente deberían tener por corolario un sentido nacional similar al de las potencias occidentales. Salvo Egipto, que por estar abierto de tiempo al mundo occidental puede considerarse incorporada al mismo, bastaría recordar la creación de los restantes Estados árabes en su modalidad actual (3), para comprender, en particular a la luz de los acontecimientos recientes, que no se han librado plenamente del complejo espíritu originado por una organización político-social que hunde sus raíces en un pasado secular. Nos hallamos ante una situación semejante a la de Italia de la Baja Edad Media y el Renacimiento, con sus grandes familias detentadoras o ansiosas de poder, sus *condottieris* a un tiempo guerreros, diplomáticos y gobernantes, y sus masas populares, ora inertes, ora agitados por vientos de tempestad. El panarabismo doctrinal y teórico, claro únicamente para una reducida minoría, que no siempre está representada en esa agrupación de jefes de Gobierno y de formaciones políticas, que es, en último término, la Liga Árabe, sólo cala en los pue-

(3) En *Arabia, corazón del Islám*, publicado en el número 9 de «Cuadernos de Estudios Africanos», ANTONIO QUINTANO RIPOLLÉS, traza agudamente un cuadro lleno de vida de la gestación de los modernos Estados de Arabia propiamente dicha, muy alicionador a este respecto.

blos diversos del Próximo y Medio Oriente, como sentimiento racista. El racismo árabe frente al racismo hebreo ha sido el único resorte y la única consideración que han movido a las masas árabes en la guerra de Palestina. Llegado el fin de ésta, de resultados lamentables para los árabes, establecido, consolidado y en marcha el Estado de Israel, los pueblos árabes vuelven a la tradicional apatía colectiva y a las intrigas de sus dirigentes. Pero en la hondura de aquélla, se sigue incubando un peligroso racismo que en su punto extremo es odio hacia Israel, que aparenta auténtica solidaridad, y en su punto de arranque una especie de particularismo de tribus rivales o un ultra-racismo de menguados horizontes, que pueden conducir a la desarticulación total del sistema defensivo proyectado por las Potencias occidentales en el Próximo y Medio Oriente para hacer frente a la amenaza rusa.

A pesar de las divergencias que en ocasiones enfrentan la política de los Estados Unidos y la de Inglaterra en esa parte del mundo, existe en la actualidad un punto importante de coincidencia en su acción, y es que ambos países bien parecen haberse desviado totalmente del propósito de operar en sus planes de organización con el elemento de un bloque exclusivamente árabe. Tal se deduce, por lo menos, del resultado negativo de las gestiones hechas por la Liga cerca de la O. N. U. para ser reconocida oficialmente como «agrupación regional» encuadrada en las directrices generales de las Naciones Unidas y en particular de la declaración tripartita hecha el 25 de mayo en Londres. El propósito de mantener la independencia de los países árabes garantizando sus fronteras contra toda agresión, viniera ésta del exterior o del interior, no deja de implicar una especie de tutela de las Potencias occidentales sobre el Oriente Medio, con vistas a asegurarse bases estratégicas utilizables por los aliados en caso de conflicto mundial.

Por otra parte, apuntalar el supuesto bloque árabe y crear junto a él un Pacto del Mediterráneo, réplica del Pacto del Atlántico, constituido solamente por naciones europeas, aparece como alinear dos mundos sin comunicación real entre sí, cuya coordinación, sobre resultar en extremo laboriosa y delicada, se vería siempre amenazada por una quiebra, precisamente en el punto de soldadura artificial de esas dos agrupaciones de países, aunque ambas se vieran afectadas por un signo anticomunista. Finalmente, el hecho incontrovertible de la existencia de Israel como nación, plantea la dificultad de su integración en alguno de los sistemas de ordenación de elementos dispares que se han diseñado en el horizonte de la política internacional, si bien hasta ahora los promotores de ese nuevo bloque no han precisado qué realidad puede encubrir la denominación «Pacto del Mediterráneo». En efecto, las gestiones preliminares a su establecimiento no permiten adelantar de modo cierto si se trata de constituirlo a base de todos los países ribereños, sin excep-

ción, solamente con aquellos que forman el sector europeo o euroasiático del llamado Mediterráneo oriental, o, en fin, englobando en el mismo la totalidad de los Estados árabes. Es decir, con referencia a este último plan, integrando en una unidad superior anticomunista, y en pie de igualdad, a agrupaciones naturales, acaso complementarias, pero no armonizadas entre sí ni en sí.

Ante la carencia de datos precisos para tratar de los propósitos de las grandes Potencias occidentales en este aspecto, fuerza nos es recurrir a suposiciones deducidas de hechos aparentemente inconexos y sacar las conclusiones amenazadas de los errores del caso. Uno de estos hechos son los esfuerzos de los Estados Unidos para lograr una mejor intcligencia entre Yugoslavia y Grecia (presión para llevar al Poder al General Plastiras), como desarrollo de un programa de creación de un Pacto Mediterráneo que comprenda a ambos países para establecer la defensa del Mediterráneo Oriental junto con Italia y Turquía, que en 24 de marzo pasado firmaron un Tratado en el que los partidarios del Pacto Mediterráneo —Turquía en primer lugar— han visto un preludio al mismo, en particular a la luz de las declaraciones que Necmeddin Sadak, entonces Ministro de Asuntos Exteriores turco, firmante del citado Tratado, hizo con este motivo. Por otra parte, hay síntomas del interés de los Estados Unidos e Inglaterra en cuanto a la creación de una organización defensiva del Próximo y Medio Oriente en la que entraría a formar parte Turquía y Persia, relacionándose con tal proyecto el viaje reciente del Shah de Persia a los Estados Unidos a raíz del cual se llevaron a cabo modificaciones en su Gobierno, que suponen un fortalecimiento de las posiciones inglesas en ese país, siendo no menos significativo, a este respecto, el hecho de que Turquía y Persia tengan el proyecto de coordinar sus redes ferroviarias y sus carreteras. Es decir, que parece diseñarse el contorno de una fórmula de organización más flexible que las apuntadas anteriormente y que ofrece la particularidad de que Turquía, al estar incluida en las dos organizaciones, aparentemente independientes, puede desempeñar el papel de gozne entre ambas. Esta solución posible del problema que constituye la creación del Pacto del Mediterráneo, retiene de modo particular nuestra atención por considerarla impregnada de un realismo tanto más necesario cuanto que se trata de incluir en un sistema de defensa y cooperación a países que, como los del Próximo y Medio Oriente, exigen para engranar con el Occidente del enlace de una nación que calificaríamos de un poco ambigua, por motivos históricos, geográficos, culturales y étnicos, y por estar situada en la intersección de dos mundos, cual es el caso de Turquía en un extremo del Mediterráneo y de España en el otro.

En primer término, en razón de la amenaza que pesa sobre su frontera norte. Turquía resulta ser la nación más directamente interesada

en la estabilización y coordinación de ese inquieto mundo árabe precisado de elementos susceptibles de detener el proceso acelerado de su disgregación. Ciertamente, el peligro comunista puede operar sobre éste a modo de advertencia que despierte el instinto de la conservación y logre neutralizar particularismos teñidos de falsos nacionalismos destructores. A este respecto, señalamos que en la sesión de la Liga de abril de 1950, se observó una postura fracamente anticomunista. Mas no creemos que una mera actitud de inorgánica oposición sea de naturaleza a detener siquiera sea el avance actualmente soterráneo de la expansión soviética. El Próximo y Medio Oriente ha de organizar su defensa, y en este arduo problema —que no es exclusivamente militar—, Turquía está llamada a desempeñar un papel preponderante. Junto a los países árabes, Turquía aparece como un país dominado por un claro sentido nacional, que nacido en las circunstancias difíciles de la primera postguerra, en que se vió en trance de perder su independencia, se ha convertido en el motor y eje permanente de su política. No ha sido este sentido nacional privilegio de una minoría de dirigentes, sino expresión de la voluntad de vivir de un pueblo descoso de organizar libremente sus destinos y de seguir desempeñando un papel en el mundo. No pretendemos entrar en el detalle de las etapas de la evolución de Turquía, que, bajo el mando de Mustafá Kemal, después de triunfar en el exterior, se apegó a triunfar en el interior. Nos limitamos a señalar que pese a determinados aspectos de su política interna, en particular económica, que no alteran substancialmente la realidad de fuerte unidad nacional que afirmamos, Turquía se destaca ante los países árabes y ante el mundo como una nación de estructura moderna, unida frente al exterior, a salvo de revoluciones y golpes de Estado. Las elecciones del 14 de mayo último lo demuestran. Después de gobernar el país durante más de un cuarto de siglo, el Partido Republicano del Pueblo ha sido derrotado con aplastante mayoría por el Partido Demócrata. Y ello sin que las normas institucionales de la República turca hayan sufrido alteración no más que la línea de su política exterior, ya la lucha se había centrado únicamente en torno a cuestiones de política interna y económica. La estabilidad y coherencia de Turquía —el éxito rotundo del partido de Celal Bayar subraya este extremo—, le confieren una posición privilegiada en ese sector del mundo, al punto de aparecer como posible núcleo básico de una organización que comprendiese a Persia y los Estados árabes considerados fuera del marco bamboleante de la Liga. La actitud de Turquía frente a los Estados edificados sobre la ruina del Imperio otomano —toda prudencia y respecto de los tratados, salvo en el caso de justa reivindicación del Sandjak de Alejandreta—, así como las buenas relaciones que mantiene con ellos, son motivos no desdeñables para admitirla como factor eficiente de equilibrio y orde-

nación del Próximo y Medio Oriente, donde, por otra parte, viene teniendo un prestigio cierto desde que se opuso a las exigencias de los aliados después de la primera guerra mundial, prestigio que no ha anulado su tendencia al laicismo.

Aunque ajena a la Liga, en particular en razón de sus postulados panarabistas, Turquía ha mantenido el contacto con los países árabes en el orden práctico. Su presencia en la Conferencia económica de los países islámicos celebrada en Karachi, nos la muestra atenta al desarrollo de tales países cuyas economías son tangenciales con la suya y en más de un punto presentan caracteres de similitud, en particular en lo que afecta a la estructura agrícola de las mismas, a la industrialización y explotación de los recursos naturales. Es decir, que Turquía está naturalmente implicada en todo plan de conjunto de ordenación económica del Próximo y Medio Oriente, aunque en condiciones de ventaja, ya que su grado de desenvolvimiento económico rebasa la línea media de los países que se vieron representados en Karachi. Ciertamente es que de momento se presenta como difícil la aplicación de un plan económico de conjunto que presupone una similitud de puntos de vista políticos y una mutua confianza que está lejos de darse entre los países árabes. Sin embargo, como un primer paso hacia una ulterior ordenación económica, aparece la decisión de los Estados Unidos de enviar al Oriente Medio una misión de estudios para examinar las modalidades de aplicación del Punto cuarto de Truman, concretamente en esa región. Lo cual no cierra la puerta a una posibilidad de articular este programa con la ayuda que Washington ya presta a Turquía.

Muestra de la importancia que Estados Unidos reconoce a Turquía, tanto por su situación geográfica como por su fortaleza y estabilidad política, es su preocupación por su preparación en el orden militar en relación directa con el Oriente Medio. A este respecto, señalaremos el viaje del General Collins que ha inspeccionado los trabajos militares llevados a cabo en ese país y su visita a la diversas capitales de los Estados árabes. Es decir, que en una estructuración del sistema defensivo de una región de vital importancia para América del Norte —cual es el Oriente Medio en razón de los pozos petrolíferos—, Turquía ocupa un lugar preponderante, a causa especialmente de sus condiciones interiores, indispensables para el establecimiento de todo plan militar, y que no se dan en ninguna otra nación de esa área geográfica, donde la misma Persia está abocada a un estado de dictadura por su situación interna.

Finalmente, en uno de los aspectos más agrios del Próximo y Medio Oriente, Turquía está en excelente postura para ayudar a que la realidad coincida con la soñada convivencia pacífica. Nos referimos a Israel. Absolutamente inhóspita de la guerra de Palestina, racialmente ajena a esa lucha planteada en parte en el terreno de una rivalidad a



muerte entre razas elegidas (4), políticamente atenta a Rusia y vinculada al Occidente, con habilidad ha mantenido al mismo tiempo relaciones con los países árabes y con el Estado de Israel, que reconoció como tal Estado el 29 de marzo de 1949, si bien se abstuvo de votar con motivo de su admisión en la O. N. U., con lo cual marcó una reserva que fué un tanto en su favor en relación con los países árabes. Por su capacidad para permanecer en justo equilibrio entre extremos antagónicos, Turquía ocupa un puesto junto a Estados Unidos y Francia en la Comisión de Conciliación para Palestina de la O. N. U. Es decir, que Turquía es la única nación que geográficamente próxima a Israel mantiene con él y a cara descubierta un diálogo sereno, sin dejar de ser amiga de los árabes que buscan su simpatía. Esta función de mediadora, oficialmente reconocida en un organismo internacional, Turquía está lógicamente designada para desempeñarla con posibilidades de éxito en actuaciones menos aparatosas y más eficaces que aquellas que tienen por marco el teatro de las Naciones Unidas. Puede hacerlo con tanta mayor facilidad cuanto que merced a la postura de islamismo laico adoptada por Mustafá Kemal, la República turca no se mueve en las zonas supraterrrestres de las confesiones religiosas y se mantiene, por el contrario, apegada al terreno de la realidad política y de sus exigencias del momento. Actualmente tal realidad está determinada por la presión rusa en la espinosa cuestión de los Estrechos, que forzosamente aconseja a Turquía que busque el apoyo decidido de un Occidente que es clara garantía del respeto de los Acuerdos de Montreux. En consecuencia, Turquía se inscribe cada día más en el área occidental a la que ya viene perteneciendo de tiempo por sus instituciones, su legislación, la formación de sus dirigentes y su movimiento cultural. Geográficamente asiática en la mayor parte de su territorio, aunque desvinculada de los rumbos de la política asiática (5), históricamente proyectada hacia el Próximo y Medio Oriente y el Mediterráneo, espiritual e institucionalmente europea, la República turca es de uno de esos países complejos o ambiguos, verdadera síntesis de Continentes y lazo entre ellos, que son piedra de toque indispensable en una organización racional de la convivencia mundial, si es que el mundo logra construcción alguna sobre la arena movediza de la circunstancia política. Lo que se considera estabilidad en política es acaso un incesante ir en pos de la estabilidad un constante tejer y destejer acompasado a las oscilaciones de la realidad circundante. Por

(4) Por una curiosa paradoja, la doctrina racista que tantas víctimas ha causado a los judíos, es una doctrina típicamente judía. En efecto, ningún pueblo ha ostentado como éste ante el mundo y los siglos el título de «pueblo elegido de Dios», que posteriormente también ha sido reivindicado por los musulmanes, especialmente árabes.

(5) La resistencia de Turquía a formar parte de un bloque de pueblos asiáticos se manifestó con motivo de la Conferencia de Nueva Dehli (19 de junio de 1949), donde estuvieron presentes diecinueve pueblos asiáticos.

ello, la fórmula de una Turquía factor de equilibrio del Próximo y Medio Oriente y al mismo tiempo elemento de articulación con los países integrados en el proyectado Pacto del Mediterráneo, que aparece como válido y viable en la actualidad, resulte inoperante en razón de una alteración de los supuestos básicos del problema tal como se plantea hoy día. El estadista o el político que imaginara haber dado con la solución permanente del problema del equilibrio y la seguridad colectiva dentro de la convivencia internacional recordaría al héroe prehistórico del cuento de Jacques Bainville que habiendo inventado la edificación de las ciudades lacustres «murió tranquilo pensando que había construído para la eternidad».

CARMEN MARTIN DE LA ESCALERA.